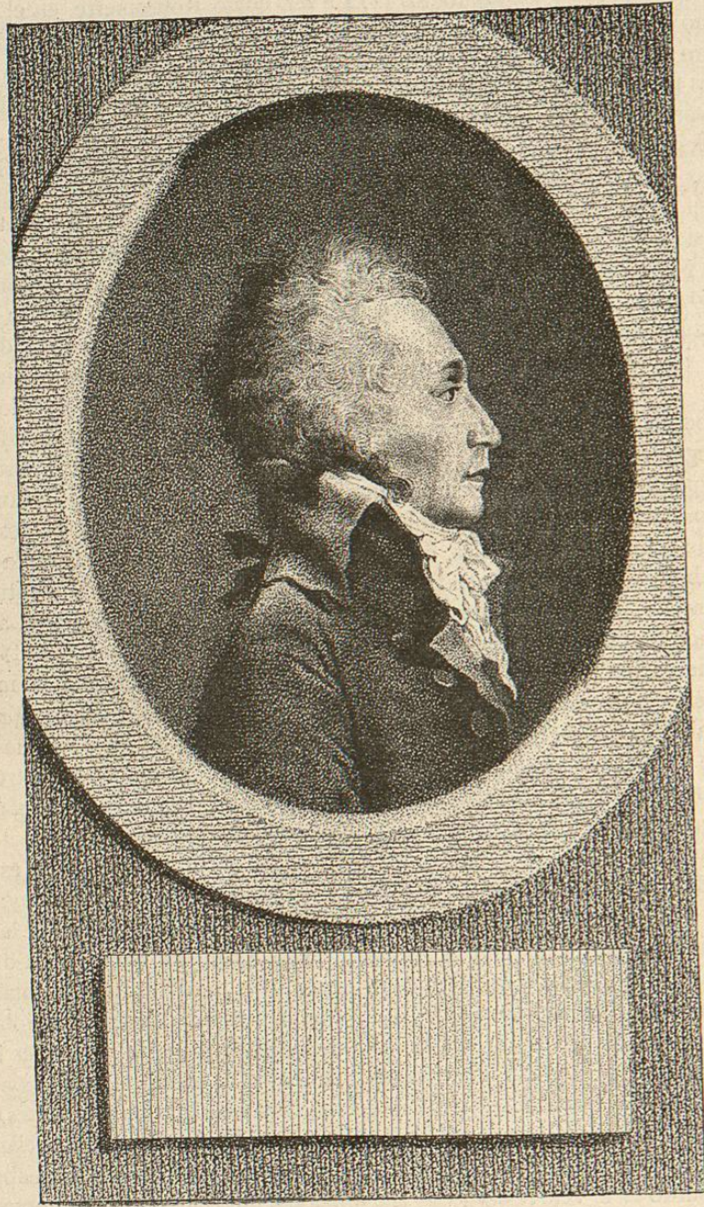


Solo se le dejaba un derecho, que era el de negar su sancion á los acuerdos de la Asamblea (artículo diez); pero este veto tenia únicamente fuerza suspensiva y cesaba de producir sus efectos en la legislatura que siguiera á aquella en que se hubiese votado la ley (artículo doce). La cooperacion del rey en la legislacion quedaba, pues, limitada principalmente á la firma de aquellas leyes sobre cuyo contenido no se le habia consultado, en cuya elaboracion no habia tenido participacion alguna, sobre las cuales no tenia que hacer mas que decir *si*



Robespierre

para sancionar lo que ella, como soberana, acordaba. Cuán peligroso era para él mostrarse negligente ó rebelde en aquella única funcion que le quedaba, lo comprendió pronto Luis XVI por una triste experiencia.

La destitucion de Necker, en 11 de julio, habia sido el último hecho á que se dejó llevar el rey por la nobleza cortesana. Menos culpa habia tenido él en esto que la reina, la cual realmente desde la administracion de Brienne habia tomado parte, no accidental ni indirecta, sino constante y directamente, en los asuntos del Estado (1). Esta ingerencia ni habia sido de provecho para el Estado, pues la reina no tenia cono-

(1) Besenval: *Memoires*, II, pág. 310.

ó no cuando estuviesen hechas y á cuyo cumplimiento estaba obligado, por mas que las creyera falsas y funestas y hubiera expresado este convencimiento por medio del veto. Una caricatura del año 1790 pinta fielmente la situacion que dentro del Estado se habia creado al monarca. El rey está dibujado en ella metido dentro de una jaula con una gran pluma en la mano escribiendo sobre una mesa; su cuñado, Leopoldo II, le pregunta: «¿Qué haces?» y Luis XVI contesta: «Sanciono.» En efecto, aquella Asamblea no queria al rey mas que

cimientos ni juicio bastantes, ni tampoco habia servido de satisfaccion para Maria Antonieta, pues la idea de su posicion falsa no le dejaba un punto de reposo. Uno de los cortesanos que en mas íntimo trato estaba con la reina, el baron de Besenval, nos retrata su carácter del modo siguiente: «La reina no carece de talento, pero en punto á erudicion, su educacion ha sido nula. No abre mas libros que algunas novelas y no procura adquirir los conocimientos que se pueden obtener en sociedad. Cuando se trata seriamente de algun asunto, el aburrimiento se pinta en su semblante y la conversacion se enfria. Su conversacion es desaliñada, vaga, y salta de una cosa á otra sin detenerse en ninguna. Sin un rasgo de ingenio personal, se recrea con las murmuraciones del dia, con

pequeñas libertades hábilmente encubiertas, y especialmente en anécdotas sobre los vicios tan comunes en la corte; esto constituye su alegría. En la época en que la confianza que me dispensaba me inducia y animaba á darle algunos consejos, hice cuanto pude para excitarla á que adquiriera los conocimientos que la hubieran puesto en condicion de seguir las inclinaciones que la impulsaban á nombrar ministros y á intervenir en la administracion; pero nunca pude conseguir que diera muestras de un poco de aplicacion en vez de entregarse á los pasatiempos con que entretenia durante el dia sus ocios (1).» Esta misma conducta no la hacia dichosa, como lo prueban las doloridas manifestaciones que con frecuencia hacia á la señora Campan. «Un dia, dice esta, en que yo la ayudaba á recoger los documentos y memorias que le habian entregado los ministros para que los pasara al rey, dijo suspirando: «¡Ay de mí! Para mí no existe ya la felicidad desde que me han hecho intrigante.» Y como la

Campan encontrara la expresion demasiado dura, añadió: «Sí, esta es la verdadera palabra; toda mujer que se mezcla en cosas que están por encima de sus conocimientos y que salen de la esfera de sus deberes no es mas que una intrigante; á lo menos os acordareis de que no me perdono á mí misma y de que me doy con dolor este nombre. Las reinas de Francia solo son felices cuando no se mezclan en nada y no ejercen mas influencia que la que es necesaria para hacer la felicidad de sus amigos y la de algunos buenos servidores. ¿Sabeis lo que me ha pasado poco há? Al asistir con el rey á la sesion del Consejo, y al atravesar la sala de la *Claraboya*, oí decir á uno de los músicos de la capilla, en voz tan alta que no se me escapó una sola palabra: «Una reina que quiera cumplir sus deberes debe estarse en sus habitaciones hilando.» Entonces dije para mí: ¡Infeliz! tienes razon; pero no conoces mi situacion: yo no hago mas que obedecer á la necesidad y á mi mala estrella.»



Las mujeres de Paris encaminándose á Versalles el 5 de octubre de 1789.—Copia de un grabado de la época

Lo que se propusieron los que intentaron sustituir con un ministerio de accion al ministerio de la condescendencia, será siempre un secreto, tanto mas cuanto que los iniciadores de aquella idea no se formaron claro juicio del hecho y solo manifestaron á la reina, que les prestó su influencia, el lado simpático del plan. Sin embargo, puede decirse con seguridad que aquella «conjuracion» contra Paris y contra los parisenses de que tantos horrores se contaban en el Palais Royal (2), era una quimera, pues el baron Besenval, que hubiera debido ser uno de sus principales instrumentos, no habia recibido, como hemos visto (3), orden alguna que á tales planes se refiriera. Lo único que hay de positivo es que un partido que se formó á la caida de Necker queria un cambio radical de sistema, y si las tropas que se habian reunido entre Paris y Versalles le hubiesen sido leales, nada hubiera podido oponerse á las consecuencias de su fanatismo. Lo que en su origen quizás no hubiera sido mas que una

necesidad contra la anarquía y la dominacion del populacho, podia ser luego, en manos de los intransigentes, una contrarrevolucion formal. Desgraciadamente para la reina, esta tentativa de un golpe de Estado, sofocada desde un principio, formó despues parte del capítulo de cargos contra ella formulado.

En el nuevo ministerio, que el rey completó con individuos de la Asamblea, Necker no tenia quien contrareudara su poder. La reina, aislada y abandonada desde la fuga de la camarilla Artois-Polignac, se sentia impotente, y el mismo rey buscaba en la caza (4) y en la cerrajería el olvido de los cuidados del gobierno y dejaba que Necker discutiera con la Asamblea acerca de las cuestiones financieras y constitucionales. Por consejo de Necker, aceptó el veto suspensivo y negó su asentimiento á los derechos del hombre hasta tan-

(4) En un *Diario* que se encontró en un armario de hierro, en 10 de agosto de 1792, anotaba el rey con regularidad sus triunfos venatorios, y cuando la caza habia sido desgraciada, no se descuidaba en poner un triste *nada*. En las anotaciones correspondientes á julio y octubre de 1789 se dice: «Julio de 1789: Miércoles 1.º, nada. Diputacion de los Estados.—Jueves 9, nada. Diputacion de los Estados.—Viernes 10, nada. Contestacion á la diputacion de los Estados.—Sábado 11, nada. Partida de Mr. Necker.—Martes 14, nada. (Toma de la Bastilla.) Octubre de 1789. Lunes 5, tirado en la puerta de Chatillon: muerto 81 piezas. Interrumpido por los sucesos. Ido y venido á caballo.—Martes 6, salida para Paris á las doce y media del dia. Visita á la Casa de la Villa. Cenado y dormido en las Tullerías.» Revista retrospectiva, V, página 166. Renée: *Louis XVI et sa cour*, pág. 258, y Geoffroy: *Gustave III et la cour de France*, II, pág. 349.

(1) *Memoires*, II, págs. 309-310.

(2) En la *Correspondance secrète*, II, pág. 373, se dice, con fecha del 23 de julio de 1789: «El rumor universalmente propalado en Paris de una conspiracion contra la ciudad carece probablemente de fundamento, pero solo él puede excusar los horrores que se han cometido y los que se preparan. Preténdese que los aristócratas del antiguo ministerio habian decidido rendir por hambre á Paris, y para acelerar su destruccion abarstarle con cien cañones desde el cerro de Montmartre y con otros tantos desde Belleville, y penetrar luego en la ciudad á sangre y fuego, asesinando á todo el que opusiera resistencia y obligando al resto de los habitantes á pedir la disolucion de la Asamblea nacional y á someterse.»

(3) Véase mas arriba.



to que estuviera del todo terminada la Constitucion, de la que no formaban mas que una parte (1). Con esto contrarió uno de los mas ardientes deseos de Lafayette, y pronto hubo de comprender lo que esto significaba.

En los horrores que en los días 5 y 6 de octubre se cometieron en Versalles (2) aparecieron intrigas y planes de toda clase, que no ha sido posible desembrollar y poner en claro. Solo hay una cosa indudable y es que el resultado definitivo de aquellos sucesos no fué casual, sino previsto, calculado y conseguido conforme á un plan formado de antemano. Lo que pudo haber proyectado el duque de Orleans contra el rey y la reina (3) fracasó por completo; lo que no fracasó, sino que se vió por el contrario coronado del mayor éxito, fué el plan con arreglo al cual el general Lafayette llevó el día 5 de octubre la guardia nacional á Versalles. Desde que conocemos este plan, se ha hecho comprensible por lo menos la parte decisiva de aquel acontecimiento.

El día 1.º de octubre celebróse en la sala del teatro de Versalles un gran banquete militar. Los que invitaban eran los guardias de corps y los invitados los oficiales de dos regimientos recientemente creados, el de Flandes y el de cazadores de Lorena, y los de la guardia nacional de Versalles. El objeto de la manifestacion era hacer público aquel sentimiento de lealtad hácia la monarquía que hasta entonces habia sido considerado como un deber de todo buen soldado francés y que no podía tacharse de criminal sino por un fanático espíritu de partido. A este objeto correspondió el sentimiento que reinó en aquel banquete. «La fiesta fué espléndida, dice una revista, y cada uno de los comensales manifestó tanta adhesion al rey y á la casa real, que se rogó al monarca que cumpliera los deseos de los asistentes honrando el banquete con su presencia. La aparicion del rey, acompañado de la reina y del delfin (4), produjo gran impresion. Las aclamaciones de: «¡Viva el rey, viva la reina, el delfin y toda la familia real!» no eran ordenadas, pues eran hijas del entusiasmo, reconociéndose en aquel momento el corazón de los franceses. La emocion que embargaba el ánimo de los circunstantes hizo memorable aquella noche. Los corazones y los ánimos estaban de tal suerte inflamados, que aquellos oficiales hubieran seguido al rey á donde quiera que hubiese querido llevarlos.»

Así escribía en sus memorias la marquesa, luego duquesa de Tourzel, que despues de la fuga de la duquesa de Polignac (julio) habia sustituido á esta en el cargo de aya de los hijos de Francia. Esta dama nos afirma, en conformidad con todo lo que sabemos acerca de los sentimientos del

(1) Así lo asegura expresamente la señora Stael: *Considerations*, I, pág. 324.

(2) El curso exterior de estos acontecimientos consta de muchos interrogatorios que se tomaron en el Châtelet de Paris. Véase el *Extrait de la procédure criminelle instruite au Châtelet de Paris sur la dénonciation des faits arrivés à Versailles dans le journal du 6 Octobre 1789*, en el segundo tomo del *Moniteur reimprimé*, págs. 521-581. Véase tambien: *Les forfaits du 6 Octobre ou examen approfondi du rapport de la procédure au Châtelet sur les faits des 5 et 6 Octobre 1789, fait par Mr. Charles Chabroud*. Paris, 1790, tomo I y II.

(3) Segun Necker (*De la révolution française*, II, pág. 71), el duque se proponía apremiar de tal manera al rey que este se viera obligado á emprender la fuga, haciéndose él cargo de la plaza vacante como regente general. Si resultara cierto el parte del ministro de policia imperial, insertado en la obra de Ducoin (*Philippe d'Orleans*, pág. 72), segun el cual el duque dijo á su banquero: «No pagueis la suma, el dinero no ha servido; el imbécil vive todavía,» no sería la intimidacion y la fuga lo que se habria propuesto, sino la muerte y el asesinato.— Véase Sybel, I, pág. 104.

(4) El hijo segundo de los reyes, Luis Carlos, duque de Normandía, habia nacido en 27 de marzo de 1785 y murió, con el nombre de Luis XVII, en 8 de junio de 1795. El primogénito, que habia nacido en 22 de octubre de 1781, murió en 4 de junio de 1783.

rey (5), que lo que este, en último caso, habria solicitado de la fidelidad de sus tropas era que le acompañaran hasta un asilo, fuese el que fuere, en donde estuvieran en seguridad su vida y la de los suyos. En el lenguaje enérgico del Palais Royal, aquel banquete fué calificado de «orgía de la contrarrevolucion.» En Versalles, sin embargo, dióse tan poca importancia al acontecimiento que en la Asamblea nacional no se formuló pregunta ni acusacion alguna sobre él, á pesar de que en 5 de octubre ya se habia hablado de «indignas orgías.» Los bandidos del 6 de octubre y sus instigadores secretos habrían encontrado otro pretexto si no hubiera habido el del banquete.

El plan de marchar en masa á Versalles para intimidar al rey y á la Asamblea estaba incluido, desde hacia muchas semanas, en el programa de los demagogos del Palais Royal, de los cuales el mas alborotador, el marqués de Saint Hurluge, emprendió en 30 de agosto, al frente de 1,500 hombres, una primera expedicion armada hácia aquella residencia (6). A pesar de los gritos pidiendo pan y de la carestía que realmente se sentía en Paris, no fué el hambre lo que en 5 de octubre llevó á Versalles á una turba compuesta de millares de prostitutas, de pescaderas, de mujeres galantes y de vagabundos disfrazados de mujeres; turba que conducida por el héroe de la Bastilla, Maillard, se entregó por las calles, en la Asamblea y delante del palacio á toda clase de excesos. Y decimos que no pudo impulsarse el hambre porque allí no habia provisiones de pan ni trigo y las órdenes del rey y los acuerdos de la Asamblea no podían mas contra el hambre que las medidas tomadas por el Consejo municipal de Paris. La reunion y la marcha de aquel ejército de mujeres no hubieran podido realizarse si Lafayette hubiese echado mano el día 5 de los 24,000 guardias nacionales que el día 4 prestaban todavía el servicio de policia; y en el caso de no haber podido contener á aquella turba, debería haberla acompañado, al frente de sus granaderos, hasta Versalles para proteger desde luego á la corte y á la Asamblea.

En sus memorias no explica por qué no hizo ni lo uno ni lo otro, ni por qué, en vez de hacerlo, entretuvo desde las nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde á la guardia nacional, que queria ir de todas maneras á Versalles (7). Tampoco dice en ellas nada de lo que debía en aquel día ser decisivo para la condenacion ó exculpacion de su conducta y negligencia.

En la mañana del 5 de octubre se comunicó á la Asamblea nacional el acuerdo que habia adoptado el rey respecto de los derechos del hombre y de los diez y nueve artículos constitucionales que el día 1.º le habian sido presentados para su aprobacion. En él se decia respecto de los primeros: «Nada quiero decir sobre vuestra declaracion de los derechos del hombre y del ciudadano; cierto que contiene principios excelentes, muy propios para dirigir vuestras tareas, pero principios que son susceptibles de aplicaciones é interpretaciones distintas no pueden ser debidamente apreciados y solo puede hacerse uso de ellos cuando su sentido esté fijamente determinado por las leyes á las cuales hayan de servir de base (8).» Lafayette, por sus relaciones con el Consejo de ministros tuvo noticia del contenido de esta resolucion antes de que su texto fuera entregado á la Asamblea, y el disgusto que le ocasionaron las vacilaciones del rey en el asunto,

(5) *Mémoires de Madame la Duchesse de Tourzel, gouvernante des enfants de France, 1789-1795. Publiés par le Duc des Cars*. Paris, 1883, I, pág. 3.

(6) H. Taine: *La révolution*, I, pág. 124.

(7) *Mémoires*, II. *Deux récits des événements du 5 et 6 Octobre*, página 329.

(8) *Archives parl.*, IX, pág. 343.

to, que él consideraba como la hazaña que habia de inmortalizarle, contribuyó á que estuviera dispuesto á cuanto pudiera molestar y quebrantar la autoridad del rey. Por esto no se contentó con dejar expedito el camino para un tumulto asqueroso, que podia haber evitado ó reprimido, sino que se apresuró á aumentar el terror del monarca por medio de alarmantes noticias. Con este objeto, cuando á las siete de la mañana comenzaron á formarse los primeros grupos en la plaza de Grève, el segundo presidente del Consejo municipal, Vauvillers, salió precipitadamente para Versalles y anunció al rey lo que, en cierto modo, no era exacto, á saber: que toda la guardia nacional, así la que estaba á sueldo como la que no lo estaba, se disponía á marchar sobre aquel real sitio para desde allí llevar al rey á Paris (1). De manera que de antemano se anunciaba lo que se proponían los que dominaban en Paris al no disolver el ejército de mujeres, el cual, por lo demás, no tenia plan político alguno. El programa completo de Lafayette se manifestó de una manera evidente cuando á las cuatro de la tarde, y sabiendo que el rey no le negaría ya nada, se hizo confiar por el Consejo municipal la mision de ponerse al frente de sus granaderos y exponer al rey los siguientes deseos de la municipalidad: que el rey confiase exclusivamente la guarda de palacio á la guardia nacional; que diese al municipio la inspeccion de todos los actos referentes al abastecimiento de Paris; que sancionase sin dilacion los derechos del hombre y fijara en Paris su residencia permanente.

Tales eran los mandatos que llevaba Lafayette en virtud del acta (2) del Consejo municipal. De esta suerte se decretaba la sumision del monarca á la dictadura de Lafayette y de los parisienses, y así se demostraba tan palpablemente que Lafayette tuvo á bien no decir sobre este punto ninguna palabra en sus memorias.

Su programa se cumplió al pié de la letra. La simple aprobacion de los derechos del hombre la habia dado el rey, apremiado por la Asamblea, poco despues de haberse presentado Maillard con su turba de mujeres. A las diez de la noche llegó de Paris Lafayette con su guardia nacional, y manifestó al monarca por conducto de dos representantes del Consejo municipal, los cuatro deseos arriba mencionados. El monarca accedió desde luego al primero, y Lafayette declaró que respondia con su cabeza del orden y de la tranquilidad; en cuanto á los dos que seguian, habian ya sido concedidos, y respecto del cuarto, es decir, de su traslacion á Paris, dió una contestacion evasiva. Pero la última resistencia del rey desapareció con el terror que se produjo en las primeras horas de la mañana del día 6 de octubre. Apenas dieron las seis, penetró una turba de bandidos armados en palacio, por una puerta no vigilada, pasó á cuchillo los primeros puestos de la guardia de corps, á la cual se habia prohibido hacer fuego, y se precipitó en las habitaciones de la reina, cuya muerte habia sido acordada. Medio desnuda, huyó María Antonieta por un pasadizo secreto que entonces se puso de manifiesto, al dormitorio del rey, pocos momentos antes de que llegaran los asesinos, los cuales encontraron la cama vacía. En aquel momento de supremo peligro, presentóse el general Lafayette con sus granaderos, y auxiliado por los fieles guardias de corps, que se habian preparado para una lucha á muerte, arrojó del palacio á aquella banda de asesinos. Lo que entonces sucedió lo refiere el mismo Lafayette (3) en los siguientes términos: «Con calor y energía habló Lafayette desde el balcon á la turba que llenaba

(1) Sybel: *Historia de la época revolucionaria*, 4.ª edicion, I, página 98.

(2) Descubierta y dada á conocer por Sybel, 4.ª edicion, I, pág. 401.

(3) *Mémoires. Premier récit*, págs. 341-342.

la sala de mármol, y cuando el rey, despues de haber prometido trasladarse á Paris, se retiró del balcon con su familia, dijo Lafayette á la reina:—Señora, ¿cuáles son vuestras intenciones personales?—Conozco la suerte que me espera, contestó noblemente la reina, pero mi deber es morir á los piés del rey y en los brazos de mis hijos.—Pues bien, venid conmigo.—¡Qué, sola al balcon! ¿No habeis visto las demostraciones que se me han hecho? (verdaderamente eran espantosas).—Sí, señora, salgamos.—Y al presentarse con ella ante la multitud agitada y rodeada de una porcion de guardias nacionales que circuian los tres lados del patio, pero que no podían dominar el centro, Lafayette, que no lograba hacerse oír, adoptó un recurso arriesgado pero decisivo, que fué besar la mano de la reina. Las masas populares, en extremo sorprendidas al ver esto, exclamaron: ¡Viva el general, viva la reina! El rey, que estaba á algunos pasos, se presentó entonces en el balcon y dijo en tono conmovido de gratitud:—¿Qué podeis hacer ahora por mis guardias?—Traedme uno, contestó Lafayette, y al que le fué presentado le puso la escarapela, le abrazó y el pueblo gritó entonces: ¡Vivan los guardias de corps! Desde aquel momento quedó establecida la paz: los guardias nacionales y los guardias de corps penetraron en Paris cogidos del brazo.»

A las dos de la tarde emprendió el rey con su familia el viaje fatal, llevando un extraño acompañamiento. Delante, iban los asesinos que llevaban en lo alto de sus picas las ensangrentadas cabezas de los guardias de corps, y que al llegar á Sévres hicieron que un peluquero las rizara y empolvara. Detrás seguía la turba de mujeres de Maillard, que presas de los vapores del vino cantaban, saltaban y bailaban por las calles. Aquel conjunto ofrecía un aspecto capaz de helar la sangre en las venas del hombre mas animoso. Desde la hora en que el monarca penetró en tales circunstancias en las Tullerías, era el prisionero de guerra de un poder avasallador; y cuando catorce días despues le siguió la Asamblea nacional, los que dominaban en Paris pudieron considerarse como los señores de todo el derecho y de todo el poder de la nacion francesa.

## CAPITULO VI

### PLAN MINISTERIAL DE MIRABEAU Y MOMENTO CRITICO DE LA REVOLUCION

Se comprenderá mejor el estado general de Francia en aquella época pintando la situacion de la hacienda que intentando describir lo que está fuera de toda posibilidad de descripcion; y como el ministro Necker era de aquellos hombres que no confiesan su situacion desesperada hasta que se ven precisados á dudar de sus propias fuerzas, sus mismas manifestaciones nos ofrecen la garantía de que el cuadro que conforme á ellas tracemos no ha de pecar, por lo menos, de exagerado.

De su primera memoria financiera de 7 de agosto, relativa á lo que habia costado el albor de la libertad francesa, hemos tomado ya algunos datos (4); su descripcion, mas triste, del estado de la hacienda pública sirvió para recomendar un empréstito de treinta millones, y ya en 27 de agosto manifestó en una segunda memoria (5) á la Asamblea que aquel empréstito solo habia producido 2.600,000 libras, de suerte que bien podia considerarse fracasado por completo. El sentimiento que esto le produjo fué contrarrestado por la satisfaccion con que pudo afirmar que tan pobre resultado era

(4) Véase mas arriba.

(5) *Archives parl.*, VII, págs. 493-497.